

LOS ÁNGELES – RETIRO/FORMACIÓN
27 – 29 DE JUNIO 2009

SÁBADO 27:

- 10.00: Primera Plática: LA VIDA EN EL ESPÍRITU.
- 11.00: Oración – Descanso.
- 11.45: Segunda Plática: LOS CARISMAS.
- 12.45: Almuerzo.
- 14.00: Tercera Plática: LOS MINISTERIOS DENTRO DE LA COMUNIDAD.
- 15.00: Eucaristía.

DOMINGO 28:

- 10.00: Primera Plática: LA IGLESIA QUE CRISTO FUNDÓ.
- 11.00: Oración – Descanso.
- 11.45: Segunda Plática: LA IGLESIA CATÓLICA RENOVADA.
- 12.45: Almuerzo.
- 14.00: Tercera Plática: LA MISIÓN DEL CATÓLICO RENOVADO.
- 15.00: Eucaristía.

SÁBADO 27

Primera Plática: LA VIDA EN EL ESPÍRITU.

1. La misión de los Apóstoles.

- a. Mt 28,18-20: Jesús se acercó a ellos y les dijo:—Dios me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra. Vayan, pues, a las gentes de todas las naciones, y háganlas mis discípulos; bautícenlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enséñenles a obedecer todo lo que les he mandado a ustedes. Por mi parte, yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo.
- b. Hech 6, 4: Nosotros seguiremos orando y proclamando el mensaje de Dios.

2. Sentido de “Oración”.

- a. Lc 3,21-22: Sucedió que cuando Juan los estaba bautizando a todos, también Jesús fue bautizado; y mientras oraba, el cielo se abrió y el Espíritu Santo bajó sobre él en forma visible, como una paloma, y se oyó una voz del cielo, que decía:—Tú eres mi Hijo amado, a quien he elegido.
- b. Jn 17,1-3: Jesús miró al cielo y dijo: “Padre, la hora ha llegado: glorifica a tu Hijo, para que también él te glorifique a ti. Pues tú has dado a tu Hijo autoridad sobre todo hombre, para dar vida eterna a todos los que le diste. Y la vida eterna consiste en que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú enviaste.
- c. Rom 8,15-16: Ustedes no han recibido un espíritu de esclavitud que los lleve otra vez a tener miedo, sino el Espíritu que los hace hijos de Dios. Por este Espíritu nos dirigimos a Dios, diciendo: “¡Abbá! ¡Padre!” Y este mismo Espíritu se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que ya somos hijos de Dios.
- d. Rom 8,26: El Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad. Porque no sabemos orar como es debido, pero el Espíritu mismo ruega a Dios por nosotros, con gemidos que no pueden expresarse con palabras.
- e. Ef 6,18: No dejen ustedes de orar: rueguen y pidan a Dios siempre, guiados por el Espíritu. Manténganse alerta, sin desanimarse, y oren por todo el pueblo santo.

3. Sentido de “Predicación”.

- a. Jn 3, 34: El que ha sido enviado por Dios, habla las palabras de Dios, porque Dios da abundantemente su Espíritu.
- b. Rm 10,8: ¿Qué es, pues, lo que dice?: “La palabra está cerca de ti, en tu boca y en tu corazón.” Esta palabra es el mensaje de fe que predicamos.
- c. 1Cor 2,1-5: Hermanos, cuando yo fui a hablarles del designio secreto de Dios, lo hice sin hacer alardes de retórica o de sabiduría. Y, estando entre ustedes, no quise saber de otra cosa sino de Jesucristo y, más estrictamente, de Jesucristo crucificado. Me presenté ante ustedes débil y temblando de miedo, y cuando les hablé y les prediqué el mensaje, no usé palabras sabias para convencerlos. Al contrario, los convencí haciendo demostración del Espíritu y del poder de Dios, para que la fe de ustedes dependiera del poder de Dios y no de la sabiduría de los hombres.
- d. 2 Cor 4,5-6: No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor; nosotros nos declaramos simplemente servidores de ustedes por amor a Jesús. Porque el mismo Dios que mandó que la luz brotara de la oscuridad, es el que ha hecho brotar su luz en nuestro corazón, para que podamos iluminar a otros, dándoles a conocer la gloria de Dios que brilla en la cara de Jesucristo.

4. En qué consiste la vida en el Espíritu.

- a. 1 Cor 3,16: ¿Acaso no saben ustedes que son templo de Dios, y que el Espíritu de Dios vive en ustedes?
- b. Gal 4, 6-7: Porque ya somos sus hijos, Dios mandó el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones; y el Espíritu clama: “¡Abbá! ¡Padre!” Así pues, tú ya no eres esclavo, sino hijo de Dios; y por ser hijo suyo, es voluntad de Dios que seas también su heredero.
- c. 1 Jn, 2,20-23.26-27: Cristo, el Santo, los ha consagrado a ustedes con el Espíritu, y todos ustedes tienen conocimiento. Les escribo, pues, no porque no conozcan la verdad, sino porque la conocen; y ustedes saben que ninguna mentira puede venir de la verdad. ¿Quién es el mentiroso? Precisamente el que dice que Jesús no es el Mesías. Ese es el Anticristo, pues niega tanto al Padre como al Hijo. Cualquiera que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre; pero el que se declara a favor del Hijo, tiene también al Padre. Les estoy escribiendo acerca de quienes tratan de engañarlos. Pero ustedes tienen el Espíritu Santo con el que Jesucristo los ha consagrado, y no necesitan que nadie les enseñe, porque el Espíritu que él les ha dado los instruye acerca de todas las cosas, y sus enseñanzas son verdad y no mentira. Permanezcan unidos a Cristo, conforme a lo que el Espíritu les ha enseñado.
- d. 2 Cor 3,16-18: Cuando una persona se vuelve al Señor, el velo se le quita. Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. Por eso, todos nosotros, ya sin el velo que nos cubría la cara, somos como un espejo que refleja la gloria del Señor, y vamos transformándonos en su imagen misma, porque cada vez tenemos más de su gloria, y esto por la acción del Señor, que es el Espíritu.

Segunda Plática: LOS CARISMAS.

1. Qué son los carismas.

- a. Son los dones especiales o las gracias que Dios da.
- b. Los carismas no son nunca privilegios sino gracias para el servicio y la edificación del pueblo de Dios. 1 Cor 14, 18-19: Doy gracias a Dios porque hablo en lenguas extrañas más que todos ustedes; pero en la iglesia prefiero decir cinco palabras que se entiendan, para enseñar así a otros, que decir diez mil palabras en lengua extraña.
- c. Son el fundamento para la realización de cualquier misión dentro de la iglesia. Rom 15,18-19: No me atrevo a hablar de nada, aparte de lo que Cristo mismo ha hecho por medio de mí para llevar a los no judíos a obedecer a Dios. Esto se ha realizado con palabras y hechos, por el poder de señales y milagros y por el poder del Espíritu de Dios. De esta manera he llevado a buen término el anuncio del evangelio de Cristo.

2. La visión de San Pablo sobre los carismas.

- a. Rom 12,6-8: Dios nos ha dado diferentes dones, según lo que él quiso dar a cada uno. Por lo tanto, si Dios nos ha dado el don de profecía, hablemos según la fe que tenemos; si nos ha dado el don de servir a otros, sirvámoslos bien. El que haya recibido el don de enseñar, que se dedique a la enseñanza; el que haya recibido el don de animar a otros, que se dedique a animarlos. El que da, hágalo con sencillez; el que ocupa un puesto de responsabilidad, desempeñe su cargo con todo cuidado; el que ayuda a los necesitados, hágalo con alegría.
- b. 1 Cor 4-12: Hay en la iglesia diferentes dones, pero el que los concede es un mismo Espíritu. Hay diferentes maneras de servir, pero todas por encargo de un mismo Señor. Y hay diferentes manifestaciones de poder, pero es un mismo Dios, que, con su poder, lo hace todo en todos. Dios da a cada uno alguna prueba de la presencia del Espíritu, para provecho de todos. Por medio del Espíritu, a unos les concede que hablen con sabiduría; y a otros, por el mismo Espíritu, les concede que hablen con profundo conocimiento. Unos reciben fe por medio del mismo Espíritu, y otros reciben el don de curar enfermos. Unos reciben poder para hacer milagros, y otros tienen el don de profecía. A unos, Dios les da la capacidad de distinguir entre los espíritus falsos y el Espíritu verdadero, y a otros la capacidad de hablar en lenguas; y todavía a otros les da la capacidad de interpretar lo que se ha dicho en esas lenguas. Pero todas estas cosas las hace con su poder el único y mismo Espíritu, dando a cada persona lo que a él mejor le parece. El cuerpo humano, aunque está formado por muchos miembros, es un solo cuerpo. Así también Cristo. Y de la misma manera, todos nosotros, judíos o no judíos, esclavos o libres, fuimos bautizados para formar un solo cuerpo por medio de un solo Espíritu; y a todos se nos dio a beber de ese mismo Espíritu.
- c. 1 Cor 12,27-30: Ustedes son el cuerpo de Cristo, y cada uno de ustedes es un miembro con su función particular. Dios ha querido que en la iglesia haya, en primer lugar, apóstoles; en segundo lugar, profetas; en tercer lugar, maestros; luego personas que hacen milagros, y otras que curan enfermos, o que ayudan, o que dirigen, o que hablan en lenguas. No todos son apóstoles, ni todos son profetas. No todos son maestros, ni todos hacen milagros, ni todos tienen poder para curar enfermos. Tampoco todos hablan en lenguas, ni todos saben interpretarlas.

3. La jerarquía de los carismas.

1 Cor 12,31-13,13:

Ustedes deben ambicionar los mejores dones.

Yo voy a enseñarles un camino mucho mejor.

Si hablo las lenguas de los hombres y aun de los ángeles, pero no tengo amor, no soy más que un metal que resuena o un platillo que hace ruido. Y si tengo el don de profecía, y entiendo todos los designios secretos de Dios, y sé todas las cosas, y si tengo la fe necesaria para mover montañas, pero no tengo amor, no soy nada. Y si reparto entre los pobres todo lo que poseo, y aun si entrego mi propio cuerpo para tener de qué enorgullecerme, pero no tengo amor, de nada me sirve.

Tener amor es saber soportar; es ser bondadoso; es no tener envidia, ni ser presumido, ni orgulloso, ni grosero, ni egoísta; es no enojarse ni guardar rencor; es no alegrarse de las injusticias, sino de la verdad. Tener amor es sufrirlo todo, creerlo todo, esperarlo todo, soportarlo todo.

El amor jamás dejará de existir. Un día el don de profecía terminará, y ya no se hablará en lenguas, ni serán necesarios los conocimientos. Porque los conocimientos y la profecía son cosas imperfectas, que llegarán a su fin cuando venga lo que es perfecto.

Cuando yo era niño, hablaba, pensaba y razonaba como un niño; pero al hacerme hombre, dejé atrás lo que era propio de un niño. Ahora vemos de manera indirecta, como en un espejo, y borrosamente; pero un día veremos cara a cara. Mi conocimiento es ahora imperfecto, pero un día conoceré a Dios como él me ha conocido siempre a mí.

Tres cosas hay que son permanentes: la fe, la esperanza y el amor; pero la más importante de las tres es el amor.

4. El discernimiento de carismas.

Ef 4, 14-16: Ya no somos como niños, que cambian fácilmente de parecer y que son arrastrados por el viento de cualquier nueva enseñanza hasta dejarse engañar por gente astuta que anda por caminos equivocados. Más bien, profesando la verdad en el amor, debemos crecer en todo hacia Cristo, que es la cabeza del cuerpo. Y por Cristo el cuerpo entero se ajusta y se liga bien mediante la unión entre sí de todas sus partes; y cuando cada parte funciona bien, todo va creciendo y edificándose en amor.

Tercera Plática: LOS MINISTERIOS DENTRO DE LA COMUNIDAD.

1. Todo el pueblo es un pueblo ministerial.
 - a. 1Pe 2, 5.9-10: Dios hará de ustedes, como de piedras vivas, un templo espiritual, un sacerdocio santo, que por medio de Jesucristo ofrezca sacrificios espirituales, agradables a Dios. Ustedes son una familia escogida, un sacerdocio al servicio del rey, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios. Y esto es así para que anuncien las obras maravillosas de Dios, el cual los llamó a salir de la oscuridad para entrar en su luz maravillosa. Ustedes antes ni siquiera eran pueblo, pero ahora son pueblo de Dios; antes Dios no les tenía compasión, pero ahora les tiene compasión.
 - b. Ap 1,6: Jesucristo ha hecho de nosotros un reino; nos ha hecho sacerdotes al servicio de su Dios y Padre.
2. Qué son los ministerios.
 - a. Gal. 1,10-11: Yo no busco la aprobación de los hombres, sino la aprobación de Dios. No busco quedar bien con los hombres. ¡Si yo quisiera quedar bien con los hombres, ya no sería un siervo de Cristo! Sepan ustedes esto, hermanos: el evangelio que yo anuncio no es invención humana. No lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino que Jesucristo mismo me lo hizo conocer.
 - b. 2Cor 6,4-7: En todo damos muestras de que somos siervos de Dios, soportando con mucha paciencia los sufrimientos, las necesidades, las dificultades, los azotes, las prisiones, los alborotos, el trabajo duro, los desvelos y el hambre. También lo demostramos por nuestra pureza de vida, por nuestro conocimiento de la verdad, por nuestra tolerancia y bondad, por la presencia del Espíritu Santo en nosotros, por nuestro amor sincero, por nuestro mensaje de verdad y por el poder de Dios en nosotros.
3. Actitud en el ejercicio de los ministerios.
 - a. Mat 20, 25-28: Jesús los llamó, y les dijo:—Como ustedes saben, entre los paganos los jefes gobiernan con tiranía a sus súbditos, y los grandes hacen sentir su autoridad sobre ellos. Pero entre ustedes no debe ser así. Al contrario, el que entre ustedes quiera ser grande, deberá servir a los demás; y el que entre ustedes quiera ser el primero, deberá ser su esclavo. Porque, del mismo modo, el Hijo del hombre no vino para que le sirvan, sino para servir y para dar su vida en rescate por una multitud.
 - b. 1 Pe 4,11: Cuando alguien hable, sean sus palabras como palabras de Dios. Cuando alguien preste algún servicio, préstelo con las fuerzas que Dios le da. Todo lo que hagan, háganlo para que Dios sea alabado por medio de Jesucristo, a quien pertenece la gloria y el poder para siempre.
4. Discernimiento en el ejercicio de los ministerios.
 - a. 1Cor 12,5: Hay diferentes maneras de servir, pero todas por encargo de un mismo Señor.
 - b. Rom 12,7: Si nos ha dado el don de servir a otros, sirvámoslos bien.

DOMINGO 28

Primera Plática: LA IGLESIA QUE CRISTO FUNDÓ.

1 - Una comunidad identificada con Jesús

El fundamento de la nueva comunidad humana es la adhesión a Jesús como Mesías, Hijo de Dios vivo (Mt 16,16). Todo el que da esta adhesión a Jesús constituye una piedra o sillar que entra en la edificación de la sociedad nueva o reino de Dios (Mt 16,18).

«Mesías» es el término hebreo que designa al salvador enviado por Dios para transformar la sociedad humana. En la concepción judía, el Mesías era llamado «el Hijo de David», porque se le concebía como un rey en la línea de David, es decir, guerrero y victorioso (Mc 10,47 par.). El reino de Dios esperado por los judíos se limitaba a Israel. A esta concepción se opone la del «Mesías Hijo de Dios», es decir, el que no tiene por modelo a David, sino a Dios mismo, y a éste como dador de vida («Dios vivo»). La transformación de la sociedad, por tanto, no utilizará la violencia ni se realizará desde el poder, sino que se efectuará mediante la comunicación de una vida (el Espíritu) que superará incluso la muerte. Y no estará limitada a un pueblo, sino destinada a la humanidad entera.

Marcos define la adhesión a Jesús como «estar con él» (Mc 3,14), es decir, como prestar una adhesión incondicional a su persona y programa. Esto implica asumir sus valores y su estilo de vida. Es lo mismo que Juan expresa también como amor a Jesús (Jn 14,15), significando un amor de identificación. Esta adhesión o amor se expresa en la praxis y queda autenticada por ella. Así lo expresan Mateo y Lucas al poner en boca de Jesús que no basta llamarlo «Señor, Señor», sino que hay que poner en práctica su mensaje (Mt 7,21; Lc 6,46). Juan lo expresa como «cumplir los mandamientos de Jesús» (Jn 14,15.21), es decir, responder con actos concretos de amor a las exigencias que la realidad va presentando.

Una metáfora usada por los cuatro evangelistas para expresar la adhesión y su consecuencia la actividad es la del «seguimiento» (Mc 1,18; 2,14 par.). Seguir a Jesús significa mantener la cercanía a él mediante un movimiento subordinado al suyo. Es decir, se concibe a Jesús como a un pionero y a los discípulos como a seguidores del mismo itinerario.

La adhesión a Jesús no puede imponerse. Nace de modo espontáneo en el encuentro entre la inquietud y las aspiraciones del hombre y la persona y proyecto de Jesús. Uno da la adhesión a Jesús y a su proyecto porque en él ve colmadas sus propias aspiraciones. Encontrarse con Jesús significa descubrir la felicidad que procura la práctica de su mensaje (Mt 13,44.46: «tesoro y perla»).

Darán la adhesión a Jesús las personas inquietas, las que no se conforman con la situación en que se encuentran individualmente ni con la de la sociedad humana, los que sienten ansia de una mayor plenitud de vida. Los instalados, los seguros, que no desean el cambio, le negarán su adhesión.

Los evangelios presentan a Jesús como «el Hijo del hombre» (el Hombre por antonomasia) (Mc 8,31 par.) y el Hijo de Dios (Jn 3,17). De este modo indican que en Jesús se manifiesta al mismo tiempo lo que es el hombre y lo que es Dios mismo. Con la expresión «el Hijo del hombre» se indica el origen humano de Jesús; con la expresión «el Hijo de Dios», su origen divino. Pero, según la fuerza del término «hijo» en el estilo semítico, las expresiones indican, además de origen, el modo de comportamiento. Jesús es así el paradigma del comportamiento humano y, al mismo tiempo, la expresión del comportamiento de Dios mismo. La unión de las dos denominaciones en la misma persona indica que la meta del desarrollo humano es la condición divina; es decir, que el hombre llega a ser plenamente hombre cuando se comporta como Dios.

En consecuencia, dar la adhesión a Jesús, en quien se realiza la plenitud del hombre, es dar la adhesión a lo mejor de uno mismo, al proyecto de hombre pleno que cada uno lleva dentro, y, al mismo tiempo, es garantía de su realización. Es decir, la fidelidad a Jesús se identifica con la fidelidad a sí mismo. La adhesión a Jesús como Hijo de Dios abre al hombre el horizonte pleno de su propia realización.

El seguimiento no consiste sólo en asumir una doctrina, un proyecto, unos valores, sino en hacer propia la realidad interna de Jesús, en tener su mismo Espíritu, sus mismas actitudes. La comunidad de Espíritu con Jesús crea con él una comunión vital que Juan formula como la conexión de los sarmientos con la vid (Jn 15,1-4). Sería absurdo pretender realizar el proyecto de Jesús sin esa comunión de Espíritu, pues significaría profesar unos valores sin identificarse al mismo tiempo con el que los encarna en su persona.

La participación en el principio vital de Jesús hace posible la realización del proyecto y es garantía de su éxito (Jn 15,5: «sin mi no podéis hacer nada»). La dependencia del hombre respecto a Jesús y al Padre se funda en ser el Padre el origen y la fuente de la vida y Jesús su transmisor (Jn 1,16: «de su plenitud todos nosotros hemos recibido»); el hombre necesita estar unido a ellos para gozar de vida plena. La dependencia, sin embargo, no crea subordinación, porque la comunicación de vida tiene por efecto potenciar al hombre mismo, desarrollando su autonomía y su libertad. Como el aire, elemento indispensable para la vida, no limita la libertad del hombre, sino que la hace posible, así el aliento de vida divina es el que permite al hombre tener vida y ser libre.

Por otra parte, la vida se identifica con el amor, y éste no existe más que en la relación. En consecuencia, el seguimiento no significa sumisión y obediencia, sino colaboración espontánea (Jn 15,15: «no os llamo siervos, sino amigos»), que nace de la posesión del mismo Espíritu, de la asunción de los mismos valores y de la relación de amistad con Jesús.

Esto quiere decir que el seguimiento no supone ninguna disminución de la dignidad o de la libertad del hombre; al contrario, la adhesión a Jesús y la participación de su Espíritu hacen al hombre cada vez más semejante a Jesús, «el Señor», el libre por excelencia. Ya no se trata de obedecer a Dios ni a Jesús, sino de ser como ellos. El crecimiento que produce la adhesión a Jesús desarrolla las capacidades del hombre, fomenta su creatividad y le permite ir realizando sus aspiraciones profundas (Jn 4,14).

2. Una comunidad del Espíritu

Por la adhesión a Jesús, todos y cada uno de los miembros de la comunidad cristiana participan de su Espíritu (Jn 1,16). Así, el rasgo propio de la comunidad es poseer una vida que es la vida/amor de Dios comunicada; ésta se ofrece a los hombres en Jesús, cuya vida y muerte traducen en lenguaje humano el amor infinito de Dios.

El Espíritu/vida realiza la presencia del Padre y de Jesús en el individuo y en la comunidad. Es el modo de presencia permanente que sustituye a la presencia corporal de Jesús entre los suyos (Jn 14,16-19). El mismo Jesús pone su presencia a través del Espíritu por encima de su presencia histórica; en efecto, dice a sus

discípulos: «Os conviene que yo me vaya, pues si no me voy, el valedor (el Espíritu) no vendrá con vosotros. En cambio, si me voy, os lo enviaré» (Jn 16,7). De hecho, la presencia física de Jesús, con su abrumadora superioridad, podía obstaculizar el desarrollo personal de los suyos, ocasionando una dependencia infantil; será la identificación interior con él, producida por la comunidad de Espíritu, la que haga desarrollarse al cristiano (Jn 14,20: «Aquel día experimentaréis que yo estoy identificado con mi Padre, vosotros conmigo y yo con vosotros»). Jesús, más que un modelo exterior, quiere ser un impulso vital interno en la línea del amor sin límite.

De este modo, el Espíritu es el factor de unidad en la comunidad cristiana. Es la unidad de vida y amor, que crea la igualdad y desemboca en la unidad de compromiso. Dentro de la ilimitada diversidad individual y de la variedad de caracteres y capacidades, hay un único compromiso de fondo: trabajar para comunicar vida a la humanidad.

Es también el Espíritu el que funda e inspira la oración de la comunidad. La oración tiene dos aspectos, la unión con Dios y la petición a Dios. La unión con el Padre y con Jesús está dada con el Espíritu mismo, que es la presencia de ambos en el cristiano (Jn 14,23), y la oración cristiana fundamental consiste en tomar conciencia de esta realidad; si se expresa con palabras, se traducirá en alabanza y acción de gracias. Pero también la petición por las necesidades es efecto del Espíritu, pues no es más que una manifestación del amor universal que él infunde en el hombre.

En el «Padre nuestro» (Mt 6,9-13), oración que enseñó Jesús, la unión está supuesta: es ella la que permite a los cristianos llamar «Padre» a Dios. Lo que Jesús enseña en esta oración es cómo la comunidad cristiana debe pedir, estableciendo un orden: las tres primeras peticiones se refieren a la humanidad entera; las tres últimas, a la comunidad misma.

En la primera parte, los cristianos, que tienen experiencia del reinado de Dios sobre ellos, es decir, de la comunicación de Espíritu/vida que crea la relación «Padre-hijos» entre Dios y los hombres, desean lo mismo para la humanidad entera. Cada petición supone una experiencia, expresa un deseo e implica el compromiso con una actividad que contribuya a realizarlo (Mt 5,9). «Proclámese ese nombre tuyo» pide que la humanidad comprenda que Dios es Padre dador de vida (Mt 5,16), y que sólo él puede satisfacer su aspiración profunda. «Llegue tu reinado» pide para los hombres el don del Espíritu/vida, que presupone la opción por el amor universal, la opción por Dios y contra el dinero (Mt 5,3). «Realícese en la tierra tu designio del cielo» expresa el deseo de una sociedad humana nueva, justa y fraterna (Mt 5,6), que es el designio divino, el reino de Dios. En la segunda parte, la comunidad cristiana pide por sí misma («nuestro», «nosotros»), para estar a la altura de su misión en el mundo. «Nuestro pan del mañana dánoslo hoy» expresa el deseo de que la unión, amor y alegría propios del banquete («pan») prometido para el futuro («del mañana»), símbolo de la etapa final del reino de Dios, sean realidad en la comunidad presente. «Perdónanos nuestras deudas, etc.» expresa el deseo de que el Padre derrame continuamente su amor/perdón sobre la comunidad y sus miembros, puesto que éstos se comprometen a manifestar su amor/perdón a todo el que los ofende. «No nos dejes ceder a la tentación, sino líbranos del Malo» pide que la comunidad sepa resistir las tentaciones que venció Jesús: la de buscar el propio provecho en lugar del designio de Dios, la de actuar irresponsablemente buscando la propia gloria y la de pretender dominar a los hombres con pretexto de propagar el reinado de Dios (Mt 4,1-11). Ceder a cualquiera de ellas, dejándose llevar del «Malo», personificación de la ambición de poder, haría vana su misión, la sal perdería su sabor (Mt 5,13).

Otro aspecto en que el Espíritu se manifiesta en la comunidad es el de los carismas. Un carisma no es simplemente un don caído del cielo, independiente de las cualidades de la persona. Siendo fruto del Espíritu/amor, que desarrolla y potencia las cualidades del hombre, el carisma supone el desarrollo de cualidades existentes en el individuo, para que éste las ponga al servicio de la humanidad o de la comunidad cristiana.

Así, el carisma de apóstol desarrolla la capacidad de convocatoria de un cristiano, haciéndolo idóneo para fundar nuevas comunidades y educarlas en la fe.

El carisma de profeta supone el aumento de la sensibilidad al Espíritu y a la historia y el afinamiento de la intuición, que hacen capaz de percibir el estado de una comunidad en un momento determinado, su sintonía con el Espíritu o la falta de ella, su necesidad de liberación, de ánimo, de apertura, de compromiso, las líneas de desarrollo que, conforme al Espíritu y a la disposición y dotes de los miembros de la comunidad, se deben proponer. Mediante la profecía, el Espíritu, a la luz de la novedad de la historia, relee incesantemente el mensaje de Jesús y va descubriendo sus virtualidades, en respuesta a las necesidades que van surgiendo (Jn 16, 13). Combina así el «entonces» del mensaje con el «ahora» de la historia como lenguaje de Dios, recomponiendo la totalidad de la interpelación divina.

El evangelista es el animador potenciado por el Espíritu, cuya predicación en las comunidades levanta el espíritu de éstas y las estimula a mantener y acrecentar su adhesión al Señor.

El maestro o instructor mantiene vivo en la comunidad el mensaje de Jesús. La importancia de la instrucción es decisiva, pues la fuerza del Espíritu es inseparable del cimiento del mensaje. El profeta, inspirado por el Espíritu, actualiza la enseñanza de Jesús; el instructor, ayudado por el Espíritu, recuerda y profundiza el mensaje como tal. Son carismas complementarios.

Cualquier cualidad humana puede transformarse en carisma; así, 1 Cor 12,28s, después de los de «apóstol, profeta y maestro», añade: «luego hay obras extraordinarias; luego, dones de curar, asistencias, funciones directivas, diferentes lenguas».

Es de notar la importancia que atribuye el apóstol Pablo a la profecía: «Esmeraos en el amor mutuo; ambicionad también las manifestaciones del Espíritu, sobre todo el hablar inspirados/ejercer la profecía» (1 Cor 14,1), suponiendo, además, que en la comunidad cristiana todos son capaces de ella: «Si todos hablan inspirados y entra un no creyente... » (14, 24; cf. Mt 5,12: «los profetas que os han precedido»). De hecho, la profecía o mensaje inspirado constituye la enseñanza permanente de Jesús a la comunidad, aplicando el mensaje al estado y a las circunstancias en que ésta vive. De ahí que, para fundar y discernir la verdadera profecía haga falta el recuerdo incesante del mensaje de Jesús.

Si el Espíritu/amor une y asimila a Jesús, es claro que no solamente forma y da vida a la comunidad, sino que, del mismo modo, impulsa a la misión, que es la continuación de la obra empezada por Jesús. Es más, el amor universal que es el Espíritu lleva necesariamente a trabajar por el bien de la humanidad y a hacer penetrar en ella el modelo de hombre y de sociedad propuestos por Jesús. Por eso, en Jn 20,21s, el envío para la misión sigue inmediatamente el don del Espíritu. Este, siendo amor, impulsa al compromiso con la humanidad; siendo vida, puede comunicarla a los hombres; siendo fuerza, sostiene en las dificultades y en la persecución (Mc 13,11: «Cuando os conduzcan para entregaros, no os preocupéis por lo que vais a decir, sino aquello que se os comunique en aquella hora, decidlo, pues no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu Santo»).

De hecho, en medio de la persecución, el Espíritu impide que la comunidad se acobarde o se sienta culpable por no aceptar los valores de la sociedad injusta que la juzga y la condena. El Espíritu le hace ver que, a pesar de la descalificación que sobre ella pesa, en Jesús está la vida y en el sistema la muerte (Jn 16,8-11).

3. Una comunidad de hombres libres

En la época de Jesús, comer recostado era privilegio de los hombres libres; en ninguna ocasión se permitía a un esclavo o a un siervo adoptar esa postura para comer. Por eso en la cena pascual judía se comía recostado, como símbolo de la libertad obtenida para Israel con el éxodo de Egipto. Es notable que, en los evangelios, cuando Jesús aparece comiendo con sus seguidores, se indique siempre que lo hacen recostados a la mesa. Así lo señala Marcos en la comida de Jesús con sus discípulos y los numerosos recaudadores y descreídos que lo seguían (Mc 2,15 par.). Lo mismo en la última cena (Mc 14,18 par.; Jn 13,12.23) y en la descripción de la nueva sociedad futura (el banquete del Reino), que integrará a los paganos (Mt 8,11).

La libertad propia de los seguidores de Jesús se debe a que en la nueva comunidad todos poseen el mismo Espíritu, que establece en cada uno la relación de hijo respecto a Dios Padre. Esta relación excluye el temor (1 Jn 4,18: «En el amor no existe temor...; quien siente temor aún no está realizado en el amor»), pues el Padre no pide la sumisión y la obediencia; lo que espera y desea (Jn 4,23) es la semejanza de sus hijos con él (Mt 5,48: «sed buenos del todo, como es bueno vuestro Padre del cielo»). La experiencia de Dios como Padre, no ya como Soberano, crea la libertad fundamental del cristiano, liberándolo de toda esclavitud y sumisión (Jn 8, 32.36). Esta condición se refleja en la comunidad cristiana, donde no hay unos que manden y otros que obedezcan, unos que estén por encima y otros por debajo; la relación mutua es la de amistad (3 Jn 15).

Así lo afirma Jesús cuando le reprochan no seguir la tradición de los maestros espirituales, que imponían a sus discípulos rígidas observancias ascéticas (Mc 2,18: el ayuno). Para Jesús, el clima festivo que debe existir en su comunidad (comparación con la boda) excluye la tristeza del ayuno, y el vínculo que une a los suyos con él no es el de la obediencia, sino el de la amistad (Mc 2,19 par.: «los amigos del novio/esposo»; Lc 12,4; Jn 15,15).

Jesús, por tanto, no quiere que sus discípulos mantengan respecto de él una dependencia infantil, sino que los quiere hombres adultos, autónomos, responsables de su vida y de su actividad. El mensaje mismo no se proclama simplemente como mensaje de Jesús, el cristiano lo presenta al mismo tiempo como propio, porque lo ha hecho suyo (Jn 17,20). No se propone algo aprendido, sino algo vitalmente asimilado. Las opciones del cristiano no se hacen porque lo haya dicho Jesús, sino porque, iluminado por él, el hombre comprende que son la única vía para su pleno desarrollo y para crear una sociedad justa. No significan, por tanto, una carga, sino una alegría: la que nace de haber encontrado la respuesta a las aspiraciones profundas del ser humano (Mt 13,44-46).

La experiencia de libertad propia de Jesús y los suyos ha de ser comunicada a los demás hombres. Por eso, en los episodios de los panes, Jesús, o los discípulos por encargo suyo, hacen que la gente se recueste en la hierba o en el suelo para comer (Mc 6,39 par.; 8,6 par.), significando con ello la libertad a la que están llamados. En el Evangelio de Juan, sólo cuando están recostados como hombres libres dejan de ser «multitud» (Jn 6,5), para convertirse en «hombres adultos» (Jn 6,10).

4. Una comunidad de iguales

La igualdad fundamental de los miembros de la comunidad de Jesús la ilustra Mateo en la parábola de los jornaleros de la viña (19,30-20,16). La parábola muestra claramente que todos los llamados a trabajar por una humanidad nueva («la viña», símbolo del reino de Dios) reciben el mismo jornal, con independencia del

momento de la llamada y de la fatiga de la labor. Ese jornal igual para todos es figura del Espíritu/vida que recibe cada miembro de la comunidad como fruto de su labor, de su opción y dedicación.

Según la parábola, en la nueva comunidad el trabajo no ha de hacerse en vista de la recompensa, sino por voluntad de servicio, como fruto espontáneo del Espíritu/amor. No se trabaja para crear desigualdad, sino para procurar la igualdad entre los hombres, y ésta debe ser patente en la comunidad cristiana. La cantidad o calidad del trabajo o del servicio, la antigüedad, el mayor rendimiento, no han de crear situaciones de privilegio ni ser fuente de mérito, pues este servicio debe ser la respuesta desinteresada a un llamamiento gratuito.

Jesús mismo establece un vínculo de igualdad con los suyos al llamarlos «amigos» (Mc 2,17 par.; Lc 12,4; Jn 15,15) y «hermanos» (Mc 3,35 par.; Mt 28,10; Jn 20,17). Por eso no consiente nada que cree desigualdad entre sus seguidores (Mt 23,8-10).

La igualdad no se opone, sin embargo, a la organización de la comunidad, imprescindible en cuanto ésta pretenda desarrollar alguna actividad interna o externa. La organización se basa precisamente en la realidad de los carismas, es decir, en las dotes naturales o adquiridas de los miembros, potenciadas por el Espíritu y puestas al servicio del amor. El carisma de cada uno, reconocido por la comunidad, lo capacita para desempeñar determinadas funciones en el grupo y dirigir determinadas actividades. Hay que tener en cuenta que la organización es funcional, no constituye institución fija y permanente; su criterio es la necesidad o conveniencia, en función sobre todo de la misión. Y hay que tener siempre presente que, en la comunidad cristiana, las cualidades personales o la responsabilidad que se asume no otorgan superioridad. La diferencia no crea rango.

5. Una comunidad abierta a todos

Características particulares de la sociedad judía eran la compartimentación y la marginación que existían dentro de ella y su sentimiento de superioridad frente a los demás pueblos; éste la llevaba a un orgulloso distanciamiento, justificado teológicamente por su calidad de «pueblo elegido» por Dios. Las causas de la marginación tenían siempre un motivo o, al menos, un pretexto religioso.

El exclusivismo nacionalista judío respecto a los demás pueblos puede parecer un problema anacrónico. Sin embargo, en la historia se crean nuevos «pueblos elegidos». Tal es el caso, en nuestros días, de los nacionalismos que afirman una peculiaridad con visos de superioridad o que pretenden aislarse en lo propio, creando barreras a la comunicación humana. Ya a escala planetaria, es el caso del llamado «primer mundo» respecto a los pueblos pobres de la tierra. Al igual que la nación judía de antaño, «el primer mundo» considera natural ser destinatario de «las bendiciones divinas», bienestar, riqueza y hegemonía, mientras no pocas veces permanece indiferente ante la suerte de los pueblos «no elegidos». Penetrado de su sentimiento de superioridad, propone a los demás pueblos su modelo de sociedad, cuando su conducta con ellos demuestra su insolidaridad y la explotación que ejerce.

Contra el particularismo y exclusivismo de la sociedad judía de su tiempo, Jesús abre las puertas a todos los marginados de dentro y de fuera de ella. Se acerca a las categorías socialmente despreciadas, en particular a los descreídos, llamados «pecadores» por los observantes de la Ley. No sólo se acerca a ellos, sino que los invita a formar parte de su grupo (Mc 2,14 par.), que aparecerá compuesto por hombres procedentes del sistema religioso y por otros excluidos por éste.

Así aparece en el banquete que se celebra después del llamamiento de Leví, el recaudador/pecador, representante de esta clase marginada. A la mesa, junto con Jesús y sus discípulos (los seguidores procedentes del judaísmo) se van recostando en pie de igualdad los recaudadores y descreídos que se han visto aceptados en la persona de Leví (Mc 2,15). Este banquete es figura de la comunidad universal de Jesús, pues detrás de los descreídos israelitas se adivina el horizonte de los paganos, los «descreídos» por antonomasia para los judíos.

No afirma Jesús solamente la igualdad entre los hombres, sino también la igualdad entre los pueblos. La aceptación de los paganos y su integración en la sociedad nueva está expresada por Marcos en el episodio del parálítico (2,1-13). En él, cuatro portadores (en relación con los cuatro puntos cardinales) (2,3) representan a la humanidad que se acerca a Jesús ávida de salvación; el parálítico representa a la misma humanidad, que, por su estado de muerte/pecado (parálisis), necesita ser salvada. En contra del desprecio y la hostilidad del judaísmo por los pueblos paganos, destinados, según la teología oficial, a ser sometidos a Israel, la obra de Jesús con ellos consiste en borrar el pasado de injusticia que los paraliza impidiendo su desarrollo (2,5) y en comunicarles vida/ Espíritu (2,1 Os) que los capacite para alcanzar la plenitud humana.

Mateo y Lucas, en los relatos que describen la curación del siervo del centurión (Mt 8,5-13; Lc 7,1-10), anuncian la salvación que ofrece el mensaje de Jesús a la humanidad sin distinción de pueblos, razas o religiones. Juan, por su parte, expresa esta oferta universal de salvación en el episodio que trata de la curación del hijo del funcionario real (Jn 4,46b-54). Lo mismo indican Mateo y Lucas al anunciar la participación en la alegría del banquete mesiánico (símbolo de la sociedad futura) de hombres procedentes de los cuatro puntos cardinales, mientras el Israel étnico, que rechaza el programa universalista de Jesús, queda excluido de él (Mt 8,10-12; Lc 13,28-30). Esto mismo afirma Jesús en la parábola de los viñadores homicidas (Mc 12,9 par.) y en la de los invitados al banquete (Mt 22,1-10; Lc 14,15-24).

El principio que subyace a la praxis de Jesús es que lo importante, lo decisivo, lo primario, el valor supremo para el hombre es ser persona humana. La pertenencia a una raza, a una cultura, las diferencias de lengua, de tradición, de nivel de desarrollo, son aspectos secundarios que no pueden utilizarse para crear división ni para mostrar superioridad sobre otros pueblos o naciones. El principio tiene como último fundamento el ofrecimiento universal del amor de Dios a la humanidad; todos los hombres están llamados a ser hijos de Dios sin discriminación ni diferencia alguna. Será misión de los cristianos y de las comunidades cristianas poner el valor del hombre por encima de todos los particularismos y oponerse a éstos en la medida en que rompan la unidad fundamental del género humano o creen obstáculo a ella.

La carta a los Efesios formula así el plan de Dios para llevar la historia a su plenitud: «hacer la unidad del universo por medio del Mesías, de lo terrestre y de lo celeste» (Ef 1, 10); es la unidad universal, que tiene su fundamento en la unidad de los hombres («lo terrestre») con Dios («lo celeste»), de la que surgirá la nueva relación humana, la del amor. El Mesías hizo posible la unificación de la humanidad aboliendo precisamente la Ley judía, que constituía el orgullo de aquel pueblo y la barrera insalvable que lo separaba del resto de la humanidad (Ef 2,14: «él es nuestra paz; él, que de los dos pueblos hizo uno y derribó la barrera divisoria, la hostilidad, aboliendo la ley de los minuciosos preceptos; así, con los dos, creó en sí mismo una humanidad nueva»).

En medio de la humanidad corrompida por la injusticia, el antiguo Israel debería haber constituido una sociedad justa que diera a conocer al verdadero Dios. Su misión era centrípeta, es decir, debía presentar un modelo de sociedad que fuese foco de atracción para todos los pueblos (Mc 11,17). Esta misión fracasó históricamente; la sociedad de Israel llegó a ser tan injusta como las demás (Is 1,10-18; 5,1-7; Jr 2, 1-13; 7; Ez 34, etc.).

En el Evangelio de Marcos, los seguidores de Jesús procedentes del judaísmo constituyen el Israel mesiánico («los Doce», Mc 3,13s). A este nuevo Israel le asigna Jesús una misión universal, pero esta vez centrífuga, invirtiendo así la vocación de este pueblo: en vez de ser centro de atracción, ha de ponerse al servicio activo de la humanidad entera (Mc 3, 14s). Este hecho se ilustra en el segundo episodio de los panes (Mc 8,1-9 par.), en el que Jesús encarga a los discípulos (seguidores procedentes del judaísmo) servir el pan a una multitud pagana.

Este universalismo de aceptación y de servicio debe ser característico de la comunidad de Jesús (Mt 28,16-20 par.). Símbolo de ella es el arbolito de mostaza que echa ramas grandes donde pueden acogerse «los pájaros del cielo», figura de los hombres de toda procedencia (Mc 4,30-32 par.).

6. Una comunidad solidaria

La opción por la pobreza (Mt 5,3), puesta por Jesús como condición indispensable para dar comienzo a la sociedad alternativa («el reino de Dios») ha de ser por lo mismo la opción constituyente de su comunidad (Mt 16,24 par.: «El que quiera venirse conmigo, que reniegue de sí mismo», es decir, que renuncie a toda ambición). De ahí la recomendación de Jesús de que los suyos no acumulen capital ni pongan su confianza en el dinero (Mt 6,19-21) y la incompatibilidad que establece entre fidelidad a Dios y culto al dinero (Mt 6,24).

Sin embargo, el hombre no puede vivir sin algún apoyo y seguridad. Por eso Jesús, frente a la falsa e injusta seguridad que proporciona la acumulación de dinero, propone una seguridad alternativa, la del amor del Padre, que se manifiesta en el amor de los hermanos. En efecto, la comunidad vive de la experiencia del Espíritu, que es la fuerza de la vida/amor del Padre, y esta experiencia impulsa a cada uno a entregarse a los demás con un amor semejante. Se crea así un vínculo múltiple de amor y solidaridad entre los miembros de la comunidad, que da a ésta su unidad y a cada miembro su seguridad.

Se explica así que Jesús pida a los suyos que no estén preocupados por los bienes necesarios para la vida, ya que el amor del Padre, hecho palpable en el amor de los hermanos, se los procurará; esta nueva seguridad les permite entregarse sin reservas al trabajo por la justicia (Mt 6,25-34).

De la renuncia a la acumulación de dinero nace la generosidad, otro de los rasgos característicos de la comunidad de Jesús. Para él, el valor de la persona se mide precisamente por su esplendidez, mientras la tacañería la empobrece y la hace miserable (Mt 6,22s). Por eso los suyos han de demostrar su solidaridad en el compartir generoso, no sólo entre los miembros del grupo, sino igualmente con los de fuera de él.

Compartiendo se enseña a compartir; tal es la lección que da Jesús en los episodios de los panes (Mc 6,34-45 par.; 8,1-9 par.). Ante el problema. del hambre de las multitudes, los discípulos se muestran insolidarios y le piden a Jesús que despida a la gente para que cada uno se las arregle como pueda (Mc 6,36). Cuando Jesús, paradójicamente, los invita a que les den ellos mismos de comer, ponen como objeción la carencia de dinero (Mc 6,37). En respuesta, Jesús coge todo el alimento que tienen y se lo va dando a los discípulos para que ellos lo sirvan a la gente (Mc 6,41; 8,6). La abundancia de las sobras (Mc 6,43; 8,8) muestra la eficacia del compartir. La enseñanza de estos episodios es que, si hubiera solidaridad, estaría resuelto el problema del hambre. Y es misión de la comunidad cristiana mostrar una solidaridad que impulse a los demás hombres a la generosidad.

El compartir es una manifestación del amor; el don del pan quedaría incompleto y resultaría humillante si no incluyera el don de la persona. Jesús no pretende que exista entre los hombres una mera beneficencia material, sino una relación de amor mutuo, que se exprese en la generosidad del dar.

Por eso, en el Evangelio de Juan, tras el relato de los panes (6,1-15), Jesús reprocha a la multitud que acuda a él buscando solamente la satisfacción material, sin haber entendido el amor que él les había mostrado mediante el reparto del pan (6,26). La gente se preocupa por el alimento material, que da una vida perecedera, no por el amor, alimento que hace crecer al hombre y le da una vida sin término (6,27). Ellos desean depender de alguien que les garantice el sustento de cada día; están dispuestos a recibir, pero se niegan a amar. Para Jesús, sin embargo, la solución no está en el poder de uno (6,15), sino en el amor de todos.

7. Una comunidad de servicio

Los discípulos de Jesús procedentes del judaísmo («los Doce») conservaban la mentalidad jerárquica propia del mundo judío y pretendían erigirse en superiores a los demás (Mc 9,33b-34). Jesús reacciona poniendo al descubierto esta actitud y enunciando el principio de que, en su comunidad, «ser primero», es decir, estar más cerca de él, se obtiene únicamente por la renuncia a toda ambición de preeminencia (9, 35: «ser último de todos») y por una actitud de servicio a todos los miembros de la comunidad («servidor de todos»). Pone como ejemplo a un seguidor suyo al que Marcos presenta como «criadito» (9,36a), resumiendo así en su figura los rasgos de «último» y «servidor». Jesús abraza a este seguidor mostrando su identificación con él y su cariño (9,36b).

La ambición de los Doce retoña con motivo de la subida a Jerusalén (Mc 10,32-34). Los Zebedeos piden a Jesús ocupar los primeros puestos en el reino mesiánico, que, según ellos esperaban, iba a ser inaugurado por Jesús en la capital (10,37). La ambición de los dos hermanos provoca la indignación de los otros miembros del grupo (10,41), que, en el fondo, aspiran a lo mismo. Jesús aprovecha la ocasión para echarles en cara que el ideal mesiánico profesado por ellos equivale a cualquier tiranía de las que se ejercen en la humanidad (10,42). Insiste a continuación en la actitud propia de sus seguidores: para «ser primero» hay que ponerse al servicio de todos los miembros de la comunidad (cf. Mt 23,11; Lc 22, 24-27); para «ser grande» hay que hacerse «siervo», es decir, hay que solidarizarse con los oprimidos de la humanidad entera. Por tanto, siguiendo a Jesús, ningún cristiano ha de exigir servicio dentro de la comunidad, sino prestarlo, y además ha de estar dispuesto a trabajar sin miedo alguno por la liberación de los oprimidos (Mc 10,44s par.).

El sentido del servicio a los hombres se encuentra especificado en el Evangelio de Juan en el relato del lavatorio de los pies (Jn 13,2-17). En esa escena, Jesús, «el Señor» (13, 13s), se hace servidor de sus discípulos: se ata un paño a la cintura, echa agua en un barreño y se pone a lavarles y secarles los pies (13,4s). Al situarse como servidor, da a los suyos categoría de «señores», término que, en el Evangelio de Juan, no designa al que tiene otros a su servicio (15,15), sino al hombre libre que no está sujeto a nadie. El servicio de Jesús consiste, por tanto, en dar a los hombres dignidad y libertad; llevándolos a una condición semejante a la suya. Esta, además, es la misión que él da a sus discípulos (13,14s). El servicio de los cristianos a la humanidad no ha de consistir, pues, en una beneficencia ejercida desde arriba, humillante para el hombre, sino, renunciando a toda clase de dominio y superioridad, en, desde abajo, ir ayudando a los hombres a alcanzar su plena dignidad, su estatura humana.

Este servicio no disminuye la dignidad del que lo presta. Jesús, al realizarlo, no pierde en ningún momento su condición de «Señor» (13,13s). En la sociedad, el servicio es interesado o humillante y, por eso, rebaja al hombre; en cambio, el de Jesús y los suyos es un servicio por amor, una entrega libre de la propia vida, que desarrolla y hace crecer a la persona.

Segunda Plática: LA IGLESIA CATÓLICA RENOVADA.

La sacramentalidad vivida en la Iglesia.

No obstante todos estos signos de vida y de esperanza y la seguridad de que Dios está presente en medio de nosotros y nos bendice; la declaración hecha por la jerarquía católica romana, nos colocó, desde el punto de vista sacramental, en una situación muy difícil. Todos somos conscientes de que el florecimiento de vida y de carismas, así como el atractivo que ejerce nuestra comunión y su rápido crecimiento, están estrechamente ligados a la libertad en el Espíritu, al gozo y al amor hacia todos, que se vive en nuestras comunidades. También reconocemos que el manantial a través del cual nos han llegado todos estos dones es el de la vida sacramental, pues hemos centrado nuestra espiritualidad en torno a la Eucaristía.

La sacramentalidad, sin embargo, no la podemos entender en forma aislada, pues hace parte de la vida integral de la Iglesia. Cristo es el gran sacramento, a través de quien el Padre nos comunica la gracia y la vida nueva.¹ La Iglesia es el sacramento de Cristo que, a través de su testimonio y ministerio lo hace presente, al comunicar su vida por la efusión del Espíritu Santo.² Es en este contexto en el que debemos entender el significado y la validez de los siete sacramentos; pues la efusión del Espíritu que se nos comunica a través de cada uno de

¹ Cf Rom 5,12

² Cf Rom 12,4-5; 1Co 12,12-27; Ef 4,12; 1Pe 2,5

ellos, proviene de la totalidad de la Iglesia; y los dones y ministerios que se reciben, están destinados a la edificación de todo el cuerpo, que es la misma Iglesia.

Según la Tradición Apostólica, la totalidad de la Iglesia una, santa, católica y apostólica, en el sentido en que lo hemos explicado y nosotros lo experimentamos, se hace presente real, eficaz y sacramentalmente en cada iglesia local.³ Es más, el misterio de la Iglesia como Cuerpo de Cristo total, únicamente se concretiza y manifiesta en cada iglesia local que, a su vez, se abre a la comunión con otras iglesias locales, para significar su carácter católico y ecuménico.

La iglesia local como Pueblo de Dios y sacramento de la Iglesia Universal.

Habiendo aclarado estos equívocos, pasemos ahora a ver por qué la iglesia local es el espacio en el que la Iglesia se manifiesta sacramentalmente, cuál es el papel que tienen las diversas formas de ministerio ordenado dentro de la iglesia local y cuáles son los criterios que dan validez sacramental, tanto a la iglesia local como a los ministros ordenados y, específicamente, al obispo.

Para la Tradición Apostólica, la Iglesia local es la realidad visible en donde se hace presente la Iglesia una, santa católica y apostólica, encontrando su cúlmen de expresión sacramental en la celebración eucarística. A la iglesia local, de acuerdo a la organización que recibió desde los primeros tiempos, se le debe reconocer como el Pueblo de Dios.⁴ Ésta se estructura en forma sinodal y participativa⁵, con diversidad de carismas y ministerios. Entre estos se encuentra el ministerio ordenado, compuesto por diáconos, presbíteros y el obispo.⁶ Ella forma, de manera más o menos clara, como comunión de comunidades.⁷ El principio característico de la iglesia local es el de la igualdad de todos sus miembros.⁸ La parábola de los jornaleros es una magnífica ilustración de esta igualdad.⁹ El fundamento de la igualdad se encuentra en que todos los miembros han recibido la misma dignidad al ser consagrados como pueblo sacerdotal¹⁰ y todos han sido hechos hijos y herederos, para vivir en libertad.¹¹ Cada uno ha recibido la unción del Espíritu Santo y, por eso, contra los que pretendían imponer doctrinas y costumbres a la comunidad, Juan proclama: *“Les escribo acerca de quienes tratan de engañarlos. Pero ustedes tienen el Espíritu Santo con el que Jesucristo los ha consagrado, y no necesitan que nadie les enseñe, porque el Espíritu que Él les ha dado los instruye acerca de todas las cosas, y sus enseñanzas son verdad y no mentira. Permanezcan unidos a Cristo, conforme a lo que el Espíritu les ha enseñado.”*¹²

El ministerio ordenado por lo mismo, nunca se comprende como algo que está encima de la comunidad sino como don que, concedido por el Espíritu Santo,¹³ es reconocido por la comunidad¹⁴ y está al servicio y para la edificación de ésta.¹⁵ Por ello, tiene que ser ejercido con humildad y despojados de toda pretensión de imponer los propios gustos o criterios; de tratar de uniformar, en lugar de que sea el Espíritu el que unifica; o de intentar suplantarse a la acción directa del mismo Cristo. Juan, al hacernos el relato de la última cena, que es el punto de referencia comúnmente aceptado para fundamentar el ministerio ordenado, ignora el aspecto cultural relacionado con el memorial del pan y del vino –en el que se centran los sinópticos– y se limita a presentarnos el lavatorio de los pies, que simboliza la actitud de despojo y de extrema humildad como se está llamado a ejercer el ministerio ordenado. Y así como en los sinópticos se insiste en que hay que repetir el memorial, en Juan se insiste en que ese gesto es el modelo de la actitud con la que se está llamado a ejercer el ministerio: *“Ustedes me llaman Maestro y Señor, y tienen razón, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y Señor, les he lavado a ustedes los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros. Yo les he dado un ejemplo, para que ustedes hagan lo mismo que yo les he hecho.”*¹⁶

El sentir de fe de la Iglesia, manifestado y operante en la Iglesia local.

La presencia activa del Espíritu en los miembros de la Iglesia hace que, no solamente cada creyente en forma aislada sino toda la comunidad en su conjunto, desarrollen una capacidad sobrenatural que permite conocer y

³ Cf. 1Cor 1,2

⁴ Cf. Ro 1,6-7; 1Cor 1,2; Ap 21,3

⁵ Cf. Hch 15,6-22.

⁶ Cf. Hch 6,1-7; 11,30; 20,28; Flp 1,1; 1Tim 3,1-8; 5,17

⁷ Cf. Gal 1,2

⁸ Cf. Cor 12,13; Gal 3,28

⁹ Cf. Mt 19,30-20,16

¹⁰ Cf. 1 Pe 2,9ss

¹¹ Cf. Gal 4,28-5,1

¹² 1Jn 2,26-27

¹³ Cf. Hch 20,28

¹⁴ Cf 1 Tim 4, 14, Hch 1,12-26

¹⁵ Cf. Ef 4,11-13

¹⁶ Jn 13, 13-15

discernir la verdad. A esto es a lo que en teología se le ha dado el nombre de “sensus fidelium” o “sensus fidei Ecclesiae”, que lo podemos designar como el “sentir de fe del Pueblo de Dios”. Este sentir de fe no es privilegio de un grupo de dirigentes o jerarcas sino es un don que pertenece a toda la comunidad. Es el principio de discernimiento fundamental. Es lo que permite crear consensos y es también lo que fundamenta y capacita para que la iglesia local asuma responsabilidades, realice opciones y haga elecciones. A lo largo de la historia de la Iglesia, el reconocimiento del “sentir de fe” ha jugado un papel muy importante: por ejemplo, cuando la herejía arriana, que negaba la divinidad de Jesucristo, era sostenida por muchísimos obispos, fue el Pueblo de Dios el que, con su sentido de fe, hizo que prevaleciera el testimonio que daba el Espíritu en sus corazones, afirmando la divinidad del Señor. Algo similar sucedió en el Concilio de Éfeso, al proclamar la fe en que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre. Por eso para Agustín de Hipona el sentir de fe de la Iglesia tenía mayor valor que los argumentos que pudieran dar los teólogos.¹⁷

A pesar de la importancia trascendental que ocupa esta dimensión en la Tradición Apostólica, con el proceso de clericalización y luego de centralización que se fue dando en la Iglesia, el reconocimiento de la importancia del “sentir de fe del pueblo de Dios”, fue perdiendo su relevancia, hasta quedar reducido en un mero concepto teológico, que se explica en forma más o menos artificial. Por lo mismo, no se le abren espacios de expresión ni de participación en la vida real de la iglesia local, sino se le pretende reducir a la recepción, más o menos sumisa y pasiva, de las disposiciones de las instancias jerárquicas, so pena de ser acusados de insubordinación y falta de humildad, de sufrir marginación y persecución y, eventualmente, de ser expulsados de la institución.

La elección del obispo, como derecho y responsabilidad de la iglesia local.

Es la capacidad, proveniente directamente del Espíritu Santo, de discernir, de crear consensos, de experimentar la unidad y de celebrar la fe a través de la oración y los sacramentos, lo que hace que cada iglesia local sea verdadero sacramento en el que se manifiesta la totalidad de la iglesia y es el fundamento de los derechos y deberes que ésta tiene. Entre los derechos y deberes, ocupa un lugar muy importante la elección de su propio obispo. Este ministerio, dado por el Señor como un don, entre los demás carismas, debe ser discernido y reconocido por la iglesia local. Es por ello que esta praxis, no puede ser recordada solamente como un uso que, como explicamos anteriormente, se practicó en el primer milenio, sino que, dado el fundamento sólido que tiene en la Sagrada Escritura y en la constitución sacramental de la Iglesia como pueblo sacerdotal, debe ser redescubierto y restablecido, como parte de la Tradición Apostólica integral, en aquellos contextos en que se haya perdido.

Por esto mismo, consideramos que, el primer criterio que da legitimidad y validez apostólica al episcopado, lo constituye el hecho de que la iglesia local, formada por el Pueblo de Dios organizado como comunión de comunidades, junto a sus ministros ordenados y, actuando participativa y sinodalmente, en un clima de oración y discernimiento, proceda a hacer la elección. La tarea de la iglesia local, en tal circunstancia, es la de reconocer, en base a su sentir de fe, cuál es el ministro ordenado al que el Señor ha dado la gracia y ha escogido para ejercer el episcopado. Si se elimina este primer criterio, es nuestro sentir, que todos los demás pasos son como castillos en el aire, por que queda desvirtuado un elemento originario y esencial de la Tradición Apostólica.

Implementando cuidadosamente la Tradición Apostólica.

Como consta a todos, a lo largo de nuestro proceso de discernimiento, hemos tratado de seguir fiel y cuidadosamente, cada uno de los tres criterios que, desde la perspectiva de la Tradición Apostólica, da validez sacramental a la iglesia local y a la ordenación de su obispo. Pues estamos plenamente convencidos de que lo que justifica nuestra existencia y lo que asegurará que sigamos creciendo y seamos fermento de renovación, será nuestra disponibilidad y compromiso para que se redescubran y restablezcan todos los elementos y características que constituyen la genuina e íntegra Tradición Apostólica. Es decir, que llenos del Espíritu Santo, viviendo en comunidades libres, pluralistas e inclusivas, logremos que en la forma de organizarnos y de vivir como iglesia, plasmemos cuanto las Escrituras testimonian y la Iglesia indivisa vivió. Para ello creemos que debemos seguir por el camino por el que el Señor nos ha guiado hasta ahora, pues nos ha dado signos y experiencias que nos dan la certeza de que nos mantenemos en la plena comunión católica y apostólica. Pero también nos exige, con profunda humildad, estemos en constante conversión, para que, despojados de nosotros mismos, podamos descubrir y transmitir, cada vez con mayor claridad, los tesoros inapreciables de su Reino.

Tiempo de gracia para nuestra Iglesia: nuestro compromiso ecuménico

El momento que vivimos, lo reconocemos como “tiempo de Dios y de gracia especial para nosotros”. Pues al quedar constituidos sacramentalmente como iglesia local, en donde se manifiesta y realiza la Iglesia una, santa,

¹⁷ Cf. Agustín, *Contra Julianum* I, 29 y 31

católica y apostólica, simbolizada por la presencia del obispo y por el vínculo con otras iglesias locales, podemos experimentar, al menos espiritualmente, la comunión ecuménica y católica. Igualmente reconocemos el compromiso que tenemos de trabajar incansablemente para que, redescubriendo el sentido originario del ministerio ordenado, del ministerio episcopal en general y del ministerio petrino en particular, se pueda alcanzar la deseada unidad histórica, en el pluralismo, la diversidad, el respeto y en el reconocimiento de la dignidad, identidad, características y funciones de cada iglesia local.

Esto implica que el obispo de Roma, como sucesor del Apóstol Pedro, restablezca plenamente las características y alcances del ministerio que Cristo le dio de presidir en la caridad¹⁸ y asuma el estilo de ejercicio ministerial que, durante el primer milenio, le reconoció la iglesia indivisa, de ser primero entre iguales, sin que se vea menoscabada la autonomía que Cristo confirió¹⁹ y la Tradición Apostólica reconoció a cada iglesia local. También supone que cada una de las iglesias locales y de los cuerpos colegiales a los que éstas se vinculan, estemos abiertos a reconocer que Cristo es el único Señor y verdadero Pastor de su Iglesia y que, a través del Espíritu Santo sigue siendo el maestro que enseña y guía eficaz y efectivamente a toda la iglesia,²⁰ por lo que a nosotros, ministros ordenados, independientemente del rango que asuma nuestro ministerio, lo que nos corresponde es encarnar radicalmente la actitud de Cristo que, *“aunque existía con el mismo ser de Dios, no se aferró a su igualdad con Él sino que renunció a lo que era suyo y tomó naturaleza de siervo.”*²¹ y que nos enseñó claramente que quien reciba un ministerio dentro de la Iglesia, a diferencia de lo que sucede en el mundo, *“deberá servir a los demás; -pues- el que entre ustedes –sea puesto como- el primero, deberá ser su esclavo. Porque, del mismo modo, el Hijo del hombre no vino para que le sirvan, sino para servir y para dar su vida en rescate por una multitud.”*²²

Implicaciones de nuestro compromiso ecuménico.

Desde nuestra pobreza y pequeñez, nos reconocemos en comunión con toda la Iglesia y nos sentimos llamados a orar, a preocuparnos y a amar a cada ser humano y a toda la creación. Por eso con san Agustín a *“quienes nos dicen: ‘Ustedes no son hermanos nuestros’, a los que hasta nos llaman sectarios y... nos preguntan: ‘¿Por qué nos buscan, para qué nos quieren?’; nosotros les respondemos: ‘Son hermanos nuestros’. Y si aún nos rechazan diciendo: ‘Apártense de nosotros, no tenemos nada que ver con ustedes’; nosotros insistimos porque sabemos que sí tenemos que ver con ellos: si reconocemos al mismo Cristo, debemos estar unidos en un mismo cuerpo. -Por eso oramos por-...los que juzgan según la carne, que son, sin embargo, hermanos nuestros, pues celebran los mismos sacramentos que nosotros, aunque no con nosotros, y responden al mismo Amén que nosotros, aunque no con nosotros; por lo que no dudamos en prodigar ante Dios, lo más entrañable de nuestra caridad por ellos”.*²³ Como manifestación concreta de este amor y comunión, en el momento culminante de nuestra vida, es decir, cuando nuestra iglesia se realiza como sacramento de toda la Iglesia, al celebrar la Eucaristía, hemos optado por mantener explícita nuestra oración por el Obispo de Roma, el Papa, por todos los demás obispos, por los ministros ordenados, y por quienes, desde sus convicciones, cuidan del Pueblo de Dios, que, en forma más o menos explícita, abarca a la entera humanidad redimida por la sangre preciosa de Cristo. Esta oración expresada en tan sublime momento quiere ser símbolo de la importancia que otorgamos y del compromiso que asumimos de trabajar con audacia y resolución, para que la comunión con todas las iglesias y con toda la humanidad que, por el testimonio del Espíritu, es para nosotros una realidad espiritual, pueda alcanzar progresivamente su plenitud histórica, al manifestarse como unidad visible, dentro del reconocimiento de la autonomía de cada iglesia local, presididos en la caridad, como primero entre iguales, por el Obispo de Roma, sucesor del Apóstol Pedro.

22. Conclusión: en proceso de conversión, con la actitud de Santa María.

Sabemos que el camino es arduo. Sin embargo, ahora, constituidos en presencia sacramental de la Iglesia universal, se reafirma la certeza del llamado que nos ha hecho el Señor, nos sentimos llenos de la gracia del Espíritu y con la energía divina para cumplir la misión que nos ha confiado. Al emprender este camino, somos conscientes de que nos corresponde comprometernos para que cada una de las comunidades que hacen parte de nuestra iglesia se renueve constantemente con la fuerza del Espíritu. Sabemos también que debemos esforzarnos para que en cada aspecto de la vida de nuestras comunidades y de toda nuestra iglesia, se restablezcan cuidadosamente todos los aspectos inherentes a la Tradición Apostólica integral; en el pensar, en el sentir, en el celebrar, en el testimoniar, en el evangelizar, en el ministerio de presidir, en la estructuración eclesial y, sobre todo, en la caridad. Y, desde esta actitud de humilde y constante conversión y renovación, nos

¹⁸ Cf Jn 21, 15-19; Ignacio de Antioquia, Prologo de la Carta a los Romanos.

¹⁹ Cf Mt 18,18.

²⁰ Cf Mt 23,9, Jn 14:16; 14:26; 15:26 y 16:7.

²¹ Fil 2, 6-7.

²² Mt 20, 26-28.

²³ San Agustín, Comentario sobre los salmos 32,29: CCI 272-273.

corresponde apoyar, por todos los medios posibles, el trabajo para que como comunidades y como iglesias, alcancemos la plena unidad histórica.

Con profunda alegría y entusiasmo encomendamos este nuevo éxodo a Santa María, Auxilio de los Cristianos y, con Ella y como Ella le decimos al Padre: *“Fiat” (“Hágase en mí, según tu Palabra”) “Ut unum sint” (“Para que todos seamos uno, como el Padre y el Hijo son uno, en el Espíritu Santo”)*

Tercera Plática: LA MISIÓN DEL CATÓLICO RENOVADO.

El Papa Pablo VI, en uno de sus discursos, hablando sobre la Iglesia dijo que “el nombre de la iglesia es misión”.

Con esto él quería subrayar que el sentido fundamental de la Iglesia es, precisamente, el prolongar en el tiempo y en el espacio, la misión que el Padre le confió a Cristo y que Cristo confió a los apóstoles.

Si esto es cierto y válido para toda iglesia, tiene una fuerza especial para nosotros católicos renovados, que consideramos que el don que Dios nos ha dado y la misión que nos ha confiado, tiene que extenderse a todas las personas y a todos los lugares.

I PROBLEMAS DENTRO DE LA ACCIÓN MISIONERA DE NUESTRAS COMUNIDADES

- Es necesario que identifiquemos algunos problemas que, de alguna manera, influyen en nuestras comunidades y que constituyen un obstáculo para el desarrollo de una actitud verdaderamente misionera.
- Quizás el primer problema es que muchas veces, aún no hemos tomado plenamente conciencia de lo que el Señor está haciendo en nosotros y de la misión que nos ha confiado.
- Algunos aún viven con cierto complejo de lo que se dejó atrás. Quizás la experiencia de los israelitas en el desierto que seguían viendo hacia Egipto (Ex 16,1-3), puede describir la mentalidad de muchos.
- Para otros, su actitud puede parecerse a la experiencia a los cristianos venidos de judaísmo, que seguían confiando más en la ley que en la fe y la gracia de Jesucristo, que fue, precisamente lo que llevó a que Pablo los reprendiera (Gal 3, 1-5)
- En otros quizás se trate de una cierta actitud de conformismo y resignación: se está en las comunidades, se está resignado a seguir como se vive actualmente y a que las comunidades se mantengan como están.
- Para superar esas tentaciones es necesario que: seamos conscientes de la validez de nuestra misión; de que dejemos de ver hacia lo que quedó atrás, para seguir plenamente a Cristo; de que nos demos cuenta de que lo que da fuerza a nuestra misión no es la aprobación de los otros sino el testimonio que da el Espíritu dentro de nosotros y que nos comprometamos a trabajar arduamente para el impulso misionero.
- Vamos a tratar cada uno de estos cuatro aspectos.

II LA VALIDEZ DE NUESTRA MISIÓN

- El primer punto que tenemos que reconocer es que el Señor nos ha confiado una misión fundamental dentro de su proyecto de salvación.
- Cada uno tiene un pasado y vivió ciertas experiencias, hasta llegar a ser católico renovado. Ahora tenemos que darnos cuenta de que, cuales hayan sido las experiencias vividas, hacían parte de un proyecto que Dios desde antes tenía para nosotros. Al igual que sucedió con José (Gen 50,20), “Dios cambió el mal en bien para salvar la vida de mucha gente”.
- Desde esta conciencia, tenemos que sentirnos profundamente bendecidos por el Señor. Lo que dice Jesús en el evangelio de Juan, es aplicable plenamente a nosotros

(Jn 15,16): “Ustedes no me escogieron a mí, sino que yo los he escogido a ustedes y les he encargado que vayan y den mucho fruto, y que ese fruto permanezca.”

III DEJAR DE VER HACIA ATRÁS

- En el evangelio Jesús es muy claro respecto a las características de quien quiere ser su discípulo.
- En el Evangelio de Mateo (8,19-22) y en el de Lucas (9, 60-62), se encuentran afirmaciones claras y contundentes:
 - Lc 9,62: —El que pone la mano en el arado y sigue mirando atrás, no sirve para el reino de Dios.
 - Lc 9,60:—Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú ve y anuncia el reino de Dios.
- Mientras nosotros no seamos capaces de comprender la radicalidad de estas palabras y las pongamos en práctica, nuestro seguimiento de Jesús no pasará de ser superficial y aparente.
- Seguir viendo para atrás significa una doble dimensión:
 - Ante todo, significa añorar lo que se dejó: es continuar como mencionábamos antes, la experiencia de Israel en el desierto. Es tener la libertad de Dios, pero sentirnos inseguros porque no hay un poder humano que nos mande, que nos apruebe y que nos castigue. Esta actitud es uno de los mayores signos de estar inmersos en el pecado. Lo vemos claramente en la condena que se pronuncia en Génesis (3,16): A la mujer le dijo: —Tu deseo te llevará a tu marido, y él tendrá autoridad sobre ti. Aquí no se habla de la relación que Dios quiere entre el varón y la mujer, pues Dios los hizo iguales para que vivieran en comunión, sino de la relación de “dominio – sumisión” que se establece como consecuencia del pecado. Esto mismo es lo que muchos viven con respecto a lo que se dejó.
 - También es querer seguir haciendo solo lo que se hacía antes de que el Señor nos visitara y nos constituyera en presencia viva de su iglesia. En ese tiempo, tanto cuando se nació dentro de lo romano como cuando muchos fueron excluidos de los sacramentos, se era simplemente un movimiento espiritual. Ahora, asumiendo toda la fuerza espiritual que teníamos, el Señor nos ha constituido en presencia viva de su Iglesia y, por lo mismo, la misión es mucho más amplia y comprometedora. Limitarse a utilizar los métodos que se utilizaban antes, es como quedarse con el azadón y el machete para labrar el campo, cuando el Señor nos ha dado toda la maquinaria necesaria para trabajar toda su tierra, sin ninguna clase de limitaciones.

IV NUESTRA NORMA NO ES LA APROBACIÓN DE LOS HOMBRES SINO EL TESTIMONIO DEL ESPÍRITU

- Muchos están pendientes del qué dirán y de la aprobación de los demás: puede tratarse de los miembros de otras iglesias, de las autoridades civiles o religiosas o de la opinión de quienes tienen más medios económicos.
- A veces la vida de algunas comunidades depende más de las celebraciones y de las acciones de gracias que piden que se realicen aquellos que tienen recursos económicos, que de un proyecto fundamentado realmente en la Palabra de Dios y en la fuerza del Espíritu Santo.
- Cuando esto sucede, las comunidades son manipuladas de acuerdo a la conveniencia de algunos: puede ser de los líderes o de aquellos que quieren realzar sus celebraciones personales o familiares con actividades especiales.

- En estos casos, las comunidades no crecen, se dividen, tienen conflicto entre sí y siempre están pendientes del qué dirán de los otros.
- Por el contrario, en la Escritura encontramos cuáles deben ser los criterios que orienten nuestra actitud:
 - Pablo afirma en Gal 1, 10-11: Yo no busco la aprobación de los hombres, sino la aprobación de Dios. No busco quedar bien con los hombres. ¡Si yo quisiera quedar bien con los hombres, ya no sería un siervo de Cristo! Sepan ustedes esto, hermanos: el evangelio que yo anuncio no es invención humana. No lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino que Jesucristo mismo me lo hizo conocer.
 - Y también dice en Fil 2, 3-4: No hagan nada por rivalidad o por orgullo, sino con humildad, y que cada uno considere a los demás como mejores que él mismo. Ninguno busque únicamente su propio bien, sino también el bien de los otros.
 - El Apóstol Juan afirma en 1Jn 2,27: Ustedes tienen el Espíritu Santo con el que Jesucristo los ha consagrado, y no necesitan que nadie les enseñe, porque el Espíritu que él les ha dado los instruye acerca de todas las cosas, y sus enseñanzas son verdad y no mentira. Permanezcan unidos a Cristo, conforme a lo que el Espíritu les ha enseñado.
 - Y en Mt 23, 5.8-11, hablando de los fariseos y los maestros de la ley, Jesús dice: Todo lo hacen para que la gente los vea. Les gusta llevar en la frente y en los brazos porciones de las Escrituras escritas en anchas tiras, y ponerse ropas con grandes borlas. Quieren tener los mejores lugares en las comidas y los asientos de honor en las sinagogas, y desean que la gente los salude con todo respeto en la calle y que los llame maestros. “Pero ustedes no deben pretender que la gente los llame maestros, porque todos ustedes son hermanos y tienen solamente un Maestro. Y no llamen ustedes padre a nadie en la tierra, porque tienen solamente un Padre: el que está en el cielo. Ni deben pretender que los llamen guías, porque Cristo es su único Guía. El más grande entre ustedes debe servir a los demás.
 - Y en Mt 6,1, Jesús también exhorta: No hagan sus buenas obras delante de la gente solo para que los demás los vean. Si lo hacen así, su Padre que está en el cielo no les dará ningún premio.
- Con estos criterios, nuestro estilo de vida y el compromiso de nuestra acción misionera, debe tener una sola meta: agradar al Señor en todo, hacer cuanto Él quiere y espera de nosotros y no sentirnos con miedo por lo que los otros puedan decir o criticar, con tal que estemos seguros de que estamos cumpliendo plenamente la voluntad de Dios.
- Cuando alguno de nosotros se desanima o se molesta porque lo critican; cuando alguien dice que su comunidad no progresa por las críticas que hacen los otros; cuando otro se siente con miedo o acomplejado porque no está haciendo lo que hacen los demás (no importa que sean católicos romanos o evangélicos); en realidad, lo que está mostrando es falta de fe y falta de vida en el Espíritu. Los que piensan, sienten o actúan de esta manera, “tienen oscurecido el entendimiento. Ellos no gozan de la vida que viene de Dios, porque son ignorantes a causa de lo insensible de su corazón” (Ef 4,18).
- Por eso Pablo exhorta a quienes viven en esta situación: “Deben renovarse espiritualmente en su manera de juzgar, y revestirse de la nueva naturaleza, creada a imagen de Dios y que se distingue por una vida recta y pura, basada en la verdad.”(Ef 4, 23).

- Como resultado, nosotros tenemos que fiarnos plenamente del testimonio que da el Espíritu en nuestros corazones y trabajar incesantemente para la gloria de Dios.

V NUESTRO COMPROMISO MISIONERO

- En Mt 25, 14-28, se nos narra la parábola del amo que confió el dinero a sus empleados, antes de ir de viaje: al que le dio 10, le devolvió 20; al que le dio 5, le devolvió 10; pero el que recibió 1 enterró el dinero y lo devolvió tal cual lo había recibido: los primeros recibieron multiplicado lo que habían entregado, al último se le quitó hasta lo que había devuelto.
- Esta parábola claramente tiene un carácter misionero: está hablando del compromiso que el cristiano asume, respecto a los carismas y a la misión que el Señor le confía. Nosotros debemos tomar en cuenta esto, para examinar cómo estamos respondiendo. Muchas veces nos contentamos con mantener lo que ya existe; con que si se sale una familia de la comunidad entre otra; o con que de vez en cuando, ante una enfermedad o necesidad o rechazo, se acerque una familia. Ciertamente todas estas actitudes entran en la categoría del que enterró el dinero recibido y al devolverlo, se le quitó hasta lo que creía tener.
- Antes, cuando se estaba excluidos y rechazados, el compromiso que se tenía era pequeño. Pero ahora que “el Señor ha hecho grandes cosas por nosotros y estamos alegres” (Sal 126,3), nuestro compromiso es muy grande.
- No podemos olvidar lo que Jesús nos dice: “A quien mucho se le da, también se le pedirá mucho; a quien mucho se le confía, se le exigirá mucho más.” (Lc 12, 48)
- Claramente podemos identificar nuestra misión con la que Jesús confió a los apóstoles, antes de ascender a los cielos: “Jesús se acercó a ellos y les dijo: —Dios me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra. Vayan, pues, a las gentes de todas las naciones, y háganlas mis discípulos; bautícenlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enséñenles a obedecer todo lo que les he mandado a ustedes.” (Mt 28,18-20).
- Es necesario que entendamos cada una de estas frases, para que las pongamos plenamente en práctica:
 - Dios me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra: esto implica para nosotros que el Señor tiene todo el poder y que, por la efusión del Espíritu, la misma autoridad que Cristo tiene nos la ha comunicado a nosotros. “Como el Padre me ha enviado, así los envío yo a ustedes” (Jn 20, 21)
 - Vayan, pues, a las gentes: aquí el Señor nos está enviado a todas las personas, sin ningún tipo de distinción.
 - De todas las naciones: esto implica que no hay fronteras de ningún tipo. Por eso el católico renovado no tiene límites para ir a donde el Espíritu lo envía ni de proclamar la Buena Nueva a todas las personas en cualquier parte.
 - Háganlas mis discípulos; bautícenlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: Este mandato para los primeros cristianos implicaba integrar a todas las personas a la comunidad. En Hechos vemos un claro testimonio de cómo actuaban al inicio (Hech 2, 41. 44).
 - Enséñenles a obedecer todo lo que les he mandado a ustedes: esto significa que, como miembros de la comunidad, aprendan a amar y a compartir los bienes (Hech 4,33-35). Juan insiste en que el mandamiento de Jesucristo es aprender a amar (Jn 15,12)
- Como resultado de esto, debemos sacar las conclusiones:
 - La misión que Cristo nos ha confiado, no tiene fronteras.

- Ser católico renovado significa que, llenos del Espíritu Santo, se asuma la misma misión de los Apóstoles que, a su vez, es la misión de Cristo.
- No podemos descansar en asumir y cumplir esta misión, si queremos ser fieles al Señor.
- A quien no esté dispuesto a asumir la misión, sucederá lo que sucedió a la higuera: (Mc 11,12-14) “Jesús vio una higuera que tenía hojas, y se acercó a ver si también tendría fruto, pero no encontró más que las hojas, Entonces le dijo a la higuera: —¡Nunca más vuelva nadie a comer de tu fruto!” Las hojas son los dones y carismas, el canto y la alabanza. Los frutos es nuestro estilo de vida y nuestro compromiso misionero.
- Sería importante que meditáramos en la siguiente parábola de la higuera (Lc 13,6-9) y que la apliquemos a lo que el Señor están haciendo con nosotros, a la oportunidad que nos da y a lo que espera recibir como resultado: “Jesús les contó esta parábola: “Un hombre tenía una higuera plantada en su viñedo, y fue a ver si daba higos, pero no encontró ninguno. Así que le dijo al hombre que cuidaba el viñedo: ‘Mira, por tres años seguidos he venido a esta higuera en busca de fruto, pero nunca lo encuentro. Córdala, pues; ¿para qué ha de ocupar terreno inútilmente?’ Pero el que cuidaba el terreno le contestó: ‘Señor, déjala todavía este año; voy a aflojarle la tierra y a echarle abono. Con eso tal vez dará fruto; y si no, ya la cortarás.’ ”

VI NUESTRA PROPUESTA:

- Para responder a la llamada que el Señor nos hace, tenemos una propuesta:
- Declarar el año 2009 como el AÑO MISIONERO.
- Esto implicará que cada región, parroquia, comunidad y cada hermano o hermana, tome conciencia de nuestra identidad y misión y se comprometa a trabajar incansablemente para la creación de nuevas comunidades y para la visitación de quienes han caído o nunca han pertenecido a nuestras comunidades.
- De este compromiso no debería haber nadie que se excluyera. Habrá quien lo haga yendo a visitar y anunciar la Buena Nueva. Otros lo podrán hacer desde el lugar en donde se encuentran, orando o colaborando en la medida que les sea posible. Los enfermos y ancianos, ofreciendo sus limitaciones y dolencias.
- Pero la responsabilidad principal recaerá sobre cada uno de los servidores y líderes de las comunidades, para crear conciencia a través de la formación y para organizar en forma sistemática los programas de misión, en el que todos y cada uno de los miembros pueda involucrarse.